



EPÍLOGO

OLGA BRAJNOVIC

MI PADRE ESTABA ya bastante enfermo cuando viajó a Roma para asistir a la ceremonia de Beatificación de monseñor **Escrivá de Balaguer**. Una operación para reponer las válvulas del corazón en 1983 fue el comienzo de un progresivo deterioro físico que no afectó ni a su mente ni a su sentido del humor ni a su manera de querer.

Eran de nuevo años de dolor y sufrimiento. La guerra que desembocó en el desmembramiento de Yugoslavia nos tenía en vilo. Para mi madre y para él suponía revivir de alguna forma todos los horrores que vivieron en primera persona medio siglo antes. La violencia estaba lejos, pero la preocupación por la familia, la angustia de no tener noticias, la impotencia de no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento eran casi las mismas.

Dos hermanas de mi padre que viven en Boka Kotorska pasaron momentos muy du-

ros en esta nueva guerra. Sus hijos movilizados en el frente, el hambre, el verse tratados como extraños en su propia tierra. Sufrimientos que ellas habían presenciado cuando estaban despertando a la vida y ahora se reproducían con especial virulencia a su alrededor.

La nueva guerra pasó su cruel factura a nuestra familia: mi primo **Tomica** murió ese mismo año, a los 53 años. Mi primo **Bozidar** había sido movilizado por el ejército yugoslavo y estaba en el frente de Dubrovnik. Mis tías **Mira** y **Natalia** y sus familias estaban pasando hambre y no tenían lo indispensable para vivir. Al principio ni siquiera podíamos enviarles paquetes con comida y ropa.

Mi prima **Jelica** tenía a sus hijos movilizados y vivió varios inviernos de temperaturas por debajo de cero con la casa sin cristales en las ventanas y un enorme boquete en la pared

de su cuarto causado por la artillería serbia. Después de dos años de paz, murió agotada y vencida por un cáncer contra el que no le quedaban fuerzas para luchar.

Cuando la guerra estaba en su apogeo, mi padre había dejado ya de escribir los artículos diarios de política internacional que publicaba bajo el título “Boletín del extranjero”, pero muchos directores de periódicos y programas de radio le llamaban para preguntarle su opinión sobre lo que estaba sucediendo.

Cientos de periodistas que habían pasado por las aulas de la Universidad de Navarra sabían de la existencia de Croacia porque habían sido sus alumnos y se acordaron de él cuando la violencia pilló por sorpresa a los ciudadanos de la parte más occidental de Europa que habían pasado más de medio siglo sin preocuparse demasiado por lo que ocurría en el Centro y Este del continente.

Una periodista del centro regional de Televisión Española le pidió una entrevista y él me pidió que yo le acompañara.

Por el camino estábamos hablando sobre la situación y la incertidumbre acerca de nuestros familiares en Croacia y yo empecé a llorar. “No llores —me dijo—, ya hay demasiadas personas que tienen verdaderos motivos para llorar”.

Cuando llegamos al estudio, la conductora del programa estuvo haciendo preguntas a mi padre sobre su experiencia en la anterior guerra y él iba contestando con toda sencillez, relatando parte de los sucesos que aparecen en la primera parte de este libro.

En un momento determinado, la periodista dejó de mirar el bloc de notas en el que tenía anotadas las preguntas, miró a mi padre y le preguntó: ¿No siente odio contra quienes le hicieron sufrir de esa forma?

—No —fue la respuesta.

—Pero ¿cómo es posible?

—Desde entonces he pasado todos los días de mi vida luchando positivamente contra el odio.

Para mí fue como si me despertaran de un sueño. Allí estaba mi padre, con su aspecto amable y hasta frágil, revelando un poco de la enorme lucha interior que había estado pe-

leando sin que nadie lo advirtiera.

Era como poner la pieza que completa el puzzle y hace aparecer la imagen que estaba hasta entonces allí presente pero fragmentada.

Yo me había acostumbrado a ver a mis padres actuar siempre con una gran coherencia interior: vivían lo que creían y entre esas verdades que creían y nos transmitieron estaba la de que todos los hombres somos hijos de Dios y por ello debemos amarlos a todos, incluso a los enemigos. Sólo Dios puede juzgar las conciencias y lo que pasa en el interior de cada persona. Nosotros sólo vemos lo externo.

Eso nos enseñaron desde niños con su ejemplo. Me parecía tan natural como el hecho de que fueran mis padres. De pronto comprendí que había sido fruto de una lucha a veces titánica contra sí mismos. Empecé a entender lo que debió suponer para mi padre

TODOS LOS DÍAS DE SU VIDA LUCHANDO

POSITIVAMENTE CONTRA EL OUDIO. QUI-

ZÁ POR ESO SU CARIÑO HACIA NOSO-

TROS ERA TAN FÁCIL DE ADVERTIR



ser coherente con sus principios religiosos cuando estaba recogiendo el cadáver de su hermano asesinado en 1944 o cuando supo que mi madre había sido enviada a hacer trabajos forzados por una traición.

Todos los días de su vida luchando positivamente contra el odio.

Quizá por eso su cariño hacia nosotros era tan fácil de advertir. Se me ocurre que una lucha tan continua contra el odio tiene que multiplicar la capacidad de amar.

Y mi padre la tiene. Incluso ahora que está impedido, en una silla de ruedas y casi no puede hablar, transmite el cariño a su alrededor, con solo una mirada de esos ojos azules y profundos que casi no ven pero dicen tanto.

En 1994 la Universidad de Navarra le hizo un homenaje con motivo de su retirada del claustro docente. Vinieron periodistas de todo el país, alumnos de la primera y de la última hora y todos firmaron en un libro que tiene lugar de honor en su casa. Uno de los antiguos alumnos, que había sido corresponsal de guerra en Bosnia, escribió que mientras se encontraba en la ciudad herida de Sarajevo se había dado cuenta del valor de las cosas que mi padre le había enseñado.

A él le interesaba más enseñar a los alumnos a conducirse por la vida que recibir de ellos unos exámenes perfectos. Esta actitud a veces le trajo la incompreensión de algunos de sus colegas en el claustro docente, que le consideraban demasiado "blando" con los estudiantes. Pero a mi padre le parecía que valía la pena correr el riesgo de que alguno se aprovechara de su "excesiva bondad" si había otros que registraban en su mente principios que les sirvieran para vivir con honradez la profesión periodística.

Son muchos los que le recuerdan con cariño porque sabía escuchar, porque se preocupaba por sus cosas, por consejos que se les quedaron grabados para siempre.

Él estaba convencido de que la enseñanza no es una especie de enfrentamiento del profesor (que fija la altura del listón) y el alumno (que tiene que superarlo como sea). Para él la enseñanza era un camino que el profesor y el



alumno tenían que recorrer juntos durante una temporada hasta que el discípulo encuentra sus propias rutas y el profesor regresa para encontrarse con otro discípulo al que acompañar hasta el punto de partida de su camino.

Así procuró hacerlo siempre.

Aunque la Universidad era como su casa, estaba tan agotado cuando se retiró, que no le resultó muy difícil adaptarse a su nuevo es-

tado de vida. Seguía acudiendo al campus para impartir cursos de doctorado y dirigir tesis, pero no pudo mantener esta actividad mucho tiempo.

Varios infartos cerebrales le han ido dejando cada vez más impedido.

Posiblemente lo más duro para él ha sido verse imposibilitado para leer y escribir. Pero ha ido aceptando esas limitaciones en silencio.

La enfermedad no ha hecho sino resaltar más sus grandes pasiones en esta vida: el amor a Dios y el amor a mi madre, que ha sido siempre como el de un recién enamorado.

Uno de los peores infartos cerebrales le sobrevino en casa cuando mi madre estaba preparando la comida y él había ido a cambiarse los zapatos a su habitación. Tuvimos que llamar a una ambulancia que le trasladó al servicio de urgencias de la Clínica Universitaria. Cuando llegó allí no podía reconocermé y se encontraba totalmente desorientado. Le dolía tanto la cabeza, que no podía parar de moverse de un lado a otro. Llamamos al sacerdote para que le impartiera la absolución porque la situación era crítica. No pudo confesarse, aunque quería hacerlo, porque no comprendía las preguntas del sacerdote, pero en cuanto este empezó a recitar las oraciones de la absolución, dejó de moverse, sonrió y contestó a cada una de ellas con devoción.

Cuando el sacerdote terminó, los médicos intentaban averiguar hasta qué punto estaba dañado el cerebro de mi padre y le hacían preguntas. No conocía a nadie ni sabía dónde estaba. En un momento el médico señaló a mi madre y le preguntó:

—¿Conoce a esa señora?

De nuevo se calmó, sonrió y asintió.

—¿Quién es? —insistió el médico.

—La mejor mujer del mundo —fue su respuesta.

Aunque no podía recordar su nombre, sabía quién era ella: el amor de su vida. “La mejor mujer del mundo”. A los demás no pudo reconocernos hasta varios días después, cuando empezó a recuperarse.

Una noche que estaba yo cuidándole sufrió una subida de tensión que estuvo a pun-

to de acabar con su vida. Rezamos juntos mientras un equipo de médicos y enfermeras hacían todo lo posible para sacarle adelante, como, gracias a Dios, consiguieron. Cuando todo había pasado, su única preocupación era cómo me encontraba yo y si estaba asustada o si necesitaba descansar.

Al día siguiente me dijo: “No te asustes, porque yo no tengo miedo”. A las personas que vinieron a verle les explicó con buen humor que había hecho “un ensayo general de la muerte”.

Es curioso cómo, mientras le cuidaba, en aquellas noches de insomnio al pie de su cama, yo era quien me sentía querida y confortada por él. Sabía cómo deshacer momentos de tensión con una broma, un gesto travieso o un chiste o incluso poniéndose a cantar con esa voz tan débil y quebrada.

Había, por supuesto, momentos difíciles de sufrimiento y agitación, sobre todo cuando caía en estados de inconsciencia. Era entonces cuando emergía de vez en cuando un genio vivo y hasta explosivo, que también me hizo pensar en el esfuerzo con el que habría conseguido dominarlo para aparecer siempre como una persona tranquila y pacífica.

SABÍA CÓMO DESHACER MOMENTOS DE

TENSIÓN CON UNA BROMA, UN GESTO

TRAVIESO O UN CHISTE O INCLUSO PO-

NIÉNDOSE A CANTAR

En 1996 la Universidad de Zagreb, en la que había estudiado en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, le invitó a dar una conferencia sobre ética periodística. Él se encontraba ya muy enfermo y evitaba hasta los viajes más cortos, aunque se tratara de pasar unos días de descanso fuera de la ciudad.

La invitación tampoco le iba a permitir visitar a sus hermanas, que se encuentran en el actual territorio de la república de Montene-



gro, cuyas fronteras estaban cerradas para los croatas.

Pero esa vez decidió acudir porque le parecía que podía ser “la última oportunidad de establecer algún contacto entre la Universidad de Navarra y la Universidad de Zagreb”, un proyecto en el que estaba muy interesado.

Fue un auténtico sacrificio y de hecho su salud se resintió mucho, hasta el punto de que

CADA DÍA A SU LADO ES UN REGALO. ES

UNA DEMOSTRACIÓN VIVA DE QUE LO

QUE REALMENTE DEFINE A LAS PERSONAS

ES SU CAPACIDAD DE AMAR

casi no pudo salir de la habitación del hotel en el que se alojaban.

En lugar de asistir a las reuniones que le habían preparado, los asistentes acudían a visitarle a su habitación del hotel. Aunque él apenas tenía fuerzas para contestar a los comentarios de sus visitas, un catedrático de Universidad le dijo a mi madre que hacía tiempo que no se había sentido tan comprendido y acogido como esa tarde, mientras hablaba con mi padre.

Volvió a entrar en el edificio principal de la Universidad en la que había estudiado, pero esta vez como un anciano que necesitaba una silla de ruedas para moverse.

Mi hermana **Elica** se encargó de leer el discurso, el último que escribió mi padre.

El viaje tuvo también un momento romántico: mis padres pudieron volver a la iglesia de los Franciscanos en la Ciudad Alta, que fue escenario de su boda 52 años antes. Un fraile joven y fuerte de casi dos metros de altura se encargó de empujar la silla de ruedas de mi padre por las empinadas cuestas de la ciudad para hacerlo posible. Allí, los dos revivieron el momento en el que unieron sus vidas con un lazo tan fuerte que ni la guerra ni la separación ni las dificultades ni la enfermedad han podido romper.

Al regreso de aquel viaje, la salud de mi padre siguió empeorando. El mismo año 96, en la clausura de las Jornadas de la Facultad de Ciencias de la Información que reúne a muchos antiguos alumnos y otros profesionales destacados para discutir los asuntos claves de la profesión, el decano **Alfonso Sánchez Tabernero** anunció la decisión de crear un Premio Luka Brajnovic para distinguir a personas que se hayan destacado por la ética en el ejercicio de la profesión periodística. Fue una sorpresa para toda la familia.

Yo estaba trabajando en la redacción de *Diario de Navarra* y la primera noticia que tuve fue la que llegó al periódico con las notas de prensa de la Universidad. Los responsables de la idea, entre los que se encontraba **Juan José García-Noblejas**, habían ido ese mismo día a casa de mis padres a comunicárselo. Ya estaba todo hecho. No podía oponerse. Le conocían bien.

El primer premio fue otorgado en 1997 al escritor y periodista español **Miguel Delibes**. En 1998 la elegida fue la ex presidenta de Nicaragua **Violeta Chamorro** y en 1999 fue Lord **David Puttnam**, realizador cinematográfico de películas como *Carros de fuego* y *La misión*, entre otras.

La Universidad había reconocido de esta forma el esfuerzo de mi padre por enseñar a generaciones y generaciones de estudiantes a trabajar con principios éticos, con su saber y con el ejemplo de su vida.

En 1997 llegó otro reconocimiento, en forma de condecoración. El gobierno de Croacia le concedió la estrella Marulic, por su esfuerzo por conservar y desarrollar la cultura croata en los años en que cualquier manifestación artística que se manifestara como "croata" estaba prohibida y perseguida.

Pero para entonces mi padre ya no podía trasladarse a recibirla.

El entonces embajador de Croacia en España, **Sergej Morsan**, se trasladó a Pamplona

ya y le entregó la condecoración en una habitación de la Clínica Universitaria.

Mientras escribo estas líneas mi padre sigue llenando de cariño y de recuerdos amables nuestras vidas. Todos sabemos que su final está cercano, aunque está demostrando una resistencia que nadie hubiera podido predecir en él. Cada día a su lado es un regalo. Es una demostración viva de que lo que realmente define a las personas es su capacidad de amar. Sin poder casi hablar, ni ver, ni moverse, nos hace sentirnos tan queridos, que el día que se vaya a disfrutar de Dios en el Cielo vamos a extrañar tanto ese cariño silencioso, que será algo muy difícil de superar. Es el precio que debemos pagar por haber tenido la suerte de vivir cerca de una persona como él.

Creo que lo vivido compensará la pérdida. Además, como él me ha enseñado a querer a Dios y a creer en la vida eterna, siempre tendré la esperanza de que, con la ayuda de Dios, volveré a encontrarme con esa gran alma a la que tanto le debo. Y, entonces, ya no habrá despedidas. ■

